



CRISTÓBAL COLÓN ERA NOBLE Y DE SANGRE REAL

Prólogo por Damián Barceló

El libro para el que redacto estas líneas, deseoso el prologuista de llegar cuanto antes al “tolle-lege”, constituye apuntalamiento del primero que editó Gabriel Verd: “Cristóbal Colón y la revelación del enigma”, libro que, al leerlo por primera vez, desconcierta y abruma, tal es el caudal de conocimientos que contiene. A la segunda, deja pensativo. A la tercera, catequizado. Más ahora, cuando la trama indiciaria de la primera obra adquiere evidencias con calidad de probanzas firmes a la luz de esta segunda, que bien pudiera ser considerada “segundas buenas partes” de la escrupulosa y cautivadora tesis del Colom mallorquín.

El autor, usando su propia grafía mallorquina, ha escrito “Colom” a todo lo largo del texto, salvo en la portada movido, por el reclamo de ésa, para que todos entiendan que el Colón no es otro que el Colom mallorquín a cuya memoria se refiere el libro.

A estas alturas, cuando ya van quinientos años del Descubrimiento, no creo que la gesta gane o pierda puntos porque el Almirante naciera aquí, allá o acullá. No está su gloria en la cuna, sino en la entraña de la trinidad carabelera, donde su fe y su ciencia, su terquedad curiosa, su voluntad taimada, se tornaron por la gracia de Dios en un continente, en América.

Así, pues, quiero creer que es la resolución del enigma de la cuna, del origen, de la raíz en suma, lo que mueve más al investigador que cualquiera otra servidumbre de campanario o de bandera.

Enigma, por otra parte, provocado con una rigurosidad atrevida y sin escrúpulos. No cabe duda de que la ignorancia que padecemos sobre ese punto no tentaría tanto al investigador si en ella no concurriera esa voluntad pactada en 1492, yo creo incluso que jurada, de que la cuna de Cristóbal Colom fuese para siempre secreto de Estado. Tampoco me cabe duda que de este pacto fueron parte los Reyes Isabel y Fernando de una y el Almirante y sus familiares cercanos de otra, y testigo la Iglesia en la persona de quien era o fue confidente o confesor de la Reina.

Gabriel Verd, atraído, yo diría que incluso policíacamente, por “el caso”, tuvo la sensatez de situar a Colom en su tiempo, en el ambiente de su tiempo, y fabuló con ansias de descubrir el rostro de la esfinge. Ansias adobadas con paciencia, cordura, sentido común remansado que no admitió prisas por ser ellas malas consejeras, pero que tampoco se complació en pausas ociosas porque a Gabriel Verd le atosigaba la comezón de la búsqueda como una exigencia dolorosa. Exploró caminos hasta topar con el farallón infranqueable que le cerraba el paso. Y de nuevo emprendió la búsqueda, hasta que, poco a poco, la trama se espesaba con el grosor de deducciones lógicas, de hechos que apuntaban conclusiones certeras, no exentos de agujijones incapaces de torpedear y hundir hipótesis hilvanadas con tanto rigor lógico que, “velis nolis”, parece que las cosas tuvieron que ser tal y como las expresa el Autor, porque lo contrario sería ilógico e inexplicable.

Gabriel Verd no es profesional de la pluma, sino administrativo del gremio de hostelería. Alguien lo ha dicho con la aviesa intención de excusarle su tesis como fruto de fantasías de diletante. Yo diría a ese tal que hacerse uno a sí mismo, a golpe de voluntad que se yergue sobre abstinencias y renunciaciones, sobre la inmolación de la propia juventud, no es tara, sino virtud eminente que demanda respeto por lo que tiene de actitud ejemplarificadora. Sobre todo cuando se enfrenta a pedantes que se autoproclaman titulados en el tema cuando, hasta el presente, no han sido capaces de traspasar la coraza del misterio y se han limitado, eso sí, con su academicismo a cuestas, a mosconear con magros resultados la cenefa del asunto, sin acertar a penetrarlo en su dimensión humana, social y política, ni de alcanzar siquiera su auténtico fondo de pacto de silencio con rango de pacto de Estado.

No comparto al ciento por ciento alguna de las afirmaciones periféricas de Gabriel Verd. En lo esencial todas.

Por ejemplo: me inclino a pensar que Colom era, por parte de madre, de ascendencia judía: existen rasgos en el físico de Colom, destellos en el mesianismo a ultranza de su fe, su notoriedad evangelizadora y profética, la redacción de sus escritos que parecen seguir, cual si le saliera de lo más hondo, el surco de Isaías o de San Juan, sus visiones de reconquista de Jerusalén como si su alma toda clamara por el Templo, su cristiandad encendida de converso o de hijo o nieto o biznieto de converso, su misma vinculación estrecha a la escuela náutica mallorquina cuyos más grandes exponentes fueron los judíos Cresques; todo ello, y otros rasgos que callo para no alargar el prólogo, constituyen facetas que, ensambladas, parecen conducir a una confirmación judía de la raíz de Cristóbal Colón. Desde luego, esa posibilidad, que no afirmación, de ninguna manera explica el “pacto de Estado” o “secreto de Estado” al que antes aludí: Pedrarias de Ávila, primer Gobernador del Darién, suegro de Hernando de Soto, fue un descomunal guerrero nieto de judío converso, maridado con hembra de la más alta nobleza castellana. No en balde Salvador de Madariaga “construye” el prototipo de hombre de la conquista y poblamiento de América como una síntesis de árabe, judío y godo.

No, la raza no juega papel alguno en el enigma. Tampoco el fuste de los Colom levantiscos de la “part forana” de Mallorca, precursora de alzamientos comuneros de Castilla, frutos maduros de aristocráticos desmanes o de abusos mercaderes de una clase enriquecida y de una Corte ansiosa de gabelas.

Todo eso no justifica el gran misterio del cual son exponente tres hechos ciertos.

Primero: La ocultación sistemática contra natura del origen de Colom, de su lugar de nacimiento.

Segundo: El pacto o Capitulaciones de Santa Fe, desde luego, también, para aquel tiempo, absolutamente contra natura.

Tercero: La protección de la Reina Isabel y el desamor del Rey Fernando coincidentes en la persona de Cristóbal Colom.

El apego a la tierra donde nació y transcurrió la infancia, es tan natural como lo es al árbol su raíz, su tronco o sus hojas. Si en derecho se dice que la cosa llama a su dueño -res clamat domino- es igual de cierto que la tierra llama a sus hombres, tierra a la que pertenecen por el “ius soli”. Es tan verdad que poseen la tierra como que ésta, a su vez, posee a sus hombres.

Entre el hombre y su tierra existe un vínculo mineral indestructible que va más allá de la sangre, de la reflexión y de la religión. Se trata de una interdependencia sideral indescriptible sin amanecer y sin ocaso. Uno, sencillamente, es de allí y no es de ninguna otra parte.

Uno honra a su tierra tanto como honra a su padre o a su madre. Es lo natural, lo lógico.

Lógico y natural fue que Hernán Cortés, a la vuelta de la conquista de México, se apresurara a llegar a su tierra, a su padre –que había muerto- para el abrazo, para el regalo, para la primicia. Lógico y natural que, antes del regreso, cuando ya la victoria coronaba su obra, enviase a su padre, a su tierra, espléndidos obsequios que testimoniaban a la familia y a la tierra los triunfos del hijo y del paisano.

Lógico y natural que la Virgen Morena del Guadalupe extremeño patroneara México para ser reina del imperio de Cortés.

Así, los conquistadores españoles, cuidaban mucho que las alas de la fama sobrevolaran pregoneras las tierras de donde habían partido, porque sentían la necesidad de que los suyos entendieran y supieran de las honras de sus hijos, porque aquello importaba a éstos y a aquéllos, porque ellos eran de la tierra y la tierra era de ellos.

Siglo tras siglo partieron los españoles a “hacer las Américas” para regresar, de indios ricos, a asumir las Américas de la honra y de los respetos de los coterráneos de la patria chica. O se volvieron polvo y tierra americano cuando el infortunio o la conveniencia los convirtió en tierra americana. Un “memento homo” que restaba tierra de la tierra matriz para volverse matriz de una nueva tierra.

Sabemos -nos lo cuenta Bernal Díaz del Castillo- prácticamente todos los nombres y el lugar de origen de los que pasaron con Cortés a la conquista de México. Sabemos de dónde era Nicuesa, y Alonso de Ojeda y Vasco Núñez de Balboa y Pedrarias de Ávila y los Pizarros, Luque y Almagro, y los once de la fama y Nicolás de Ovando y los Pinzones y Rodrigo de Bastidas y Juan Ponce de León y Hernando de Soto, y Pedro de Heredia.... Todos los que en fin, formaron el gran cortejo de los vencedores.

Solamente Cristóbal Colón y sus hermanos callaron siempre. Callaron sus hijos. Nunca hablaron de su tierra ni de su parentela. ¿Por qué? ¿Cuáles razones hubo para condenar al silencio lo que la entraña grita desde dentro? ¿Por qué calló el Almirante, en el cenit de su gloria, cuando ponía a los pies de la Reina de Castilla -en Barcelona y en presencia de lo que ahora diríamos del cuerpo diplomático acreditado, en el cual formaba filas el Embajador de Génova- las muestras vivas de un mundo nuevo, de unas Indias de las que aún se sabía poco pero de las cuales ya se presentía su grandeza?

Callaba la tierra y el Almirante también callaba. Pero la primera isla descubierta la llamó “San Salvador”, y al mar que la rodeaba, “Mar de Nuestra Señora”. Hay un Santuario en Felanitx, mirador altivo sobre Porto Colom, cuyo nombre es este “Nuestra Señora de San Salvador”. Mar de Nuestra Señora. Isla de San Salvador. Nuestros conquistadores fundaron Méridas y Granadas y Barcelonas y Cartagenas y Valencias. Colón bautizó con algunos nombres baleáricos y, una isla, la isla “Margalida”, no aparece en su portulano como “Margherita” -italiano- ni “Margarita” -castellano- ni “Margarida” -catalán- sino “Margalida”, así, con grafía y prosodia mallorquina.

Colom y sus hijos callaron, pero en sus silencios existen indicios levísimos de los que no se sabrá jamás si fueron voluntarios o involuntarios pero que incitan a la investigación o la provocan. La minuciosa búsqueda de Gabriel Verd los ha ido espigando en un trabajo lleno de sacrificio, de paciencia y de coraje. No era Colom el primer Almirante de su casa. Un Colom lo era ya cuando el nuestro aprendió de él el arte de navegar y, seguramente bajo su patrocinio, siguió estudios cartográficos que luego usó con auténtica maestría. Sus conocimientos del mar así como el área de su cultura filosófica, científica y religiosa denotan una educación refinada impartida bajo el ojo atento de alguien que le tutelaba con vínculos muy estrechos. Posiblemente su tío sabía quién era el padre del sobrino, y también calló.

¿Por qué ocultar el origen, la tierra del Almirante? La respuesta es obvia. Para que nadie pudiese investigar, en esa tierra, quién era Cristóbal Colom, porque, de lo contrario, se tiraría de un ovillo y se alcanzaría el otro cabo, el del gran secreto: si está probado, como lo está que el Príncipe de Viana, confinado en el Castillo de Santueri, dejó preñada una doncella de nombre Margalida y se preocupó de tal paternidad en carta dirigida al Virrey de Mallorca: si Margalida era hermana de un Colom, prófugo y Almirante de Renato de Anjou. Si el Príncipe de Viana ostentaba derechos de primogenitura para ser Rey de Aragón que le fueron negados por su padre Juan II, sometido a la influencia de Juana Enríquez, su segunda esposa, madre de Fernando, que luego desposó a Isabel de Castilla, la cual, de otra parte, había sido antes prometida del Príncipe de Viana.... Colom, extranjero en la Corte de Castilla, sobrino de un prófugo mallorquín Almirante del Rey de Francia, nieto de familia rebelde al Rey y a la aristocracia, era un polvorín, un sobrino bastardo del Rey Fernando, que ocupaba un trono por voluntad absolutista de Juan II, pero no sin infracción de los derechos seculares de la primogenitura en las sucesiones reales.

Ahí se ensamblan dos hechos de singular relevancia psicológica. La Reina Isabel, que protege cabezonamente a Colom contra el dictamen de los expertos que le calificaron de iluso. Un secreto de confesionario por medio. Acaso un recuerdo apasionado de la Reina por el Príncipe culto y trovador, mundano, mujeriego y muerto joven, quizá envenenado porque así eran los tiempos y las costumbres. Un Rey que no podía dejar de ver en Cristóbal el hijo bastardo de su hermanastro Carlos, que debía haber ceñido Corona de Aragón y compartido tálamo con Isabel de Castilla. Un secreto que podía explotar en la Corte rezadora, pacata y hasta conventual, introduciendo en ella otro sobrino bastardo del Rey, al cual, por derechos de sangre, se deberían honores y preeminencias.

Pero también Colom tenía miedo. Sus credenciales, digámoslo así, no eran de recibo: servidor de la bandera de Francia a las órdenes de su tío. Posiblemente navegante corsario en largas temporadas y no precisamente bajo las enseñas castellanaragonesas, sino contra ellas. Vástago de familia levantisca y legendaria. Sobrino por línea bastarda del Rey de Aragón. Hijo de un Príncipe en voz del pueblo muerto envenenado por inducción de su madrastra, madre de Fernando.

Colom tenía miedo, pero también tenía sangre Real.

Fernando, Isabel y Colom constituían, por la conjunción de circunstancias singulares, un entramado que convenía tapar, en bien de todos, por razón de Estado.

Esa razón de Estado, ese pacto de silencio, constituye la única explicación del enigma construido bajo el común denominador de la conveniencia.

Sin estos mimbres, las Capitulaciones de Santa Fe son ilógicas, incomprensibles e incongruentes.

Intentemos contemplar de cerca el espectáculo:

Una Corte hierática, austera, secular, con un baremo de títulos, honores y preeminencias medido por el más fino de los raseros. Hazañas de guerra que engendraban títulos. Nunca jamás se dieron a cuenta de servicios o de hazañas por hacer. Una ciudad, Santa Fe, erigida para probar que no se cejaría en el empeño de consumir la unidad de las Españas. Ejércitos en campaña. El huracán guerrero en su más férreo y tenaz despliegue.

En este punto, un don nadie, un iluso, un sedicente marino a quien nadie había visto navegar, un visionario así calificado por los sabios de la Corte, extranjero en Castilla, sin ejecutoria ni hidalguía, un plebeyo en suma, irrumpe en la escena pretendiendo, a cuenta de utopías, porcentajes en los bienes y rentas que acaso descubra, el título de Almirante, el de Virrey de futuros, con exigencias de prerrogativas reales en orden a la administración de justicia... para sí y para sus hijos y todo ello en un regateo que, por lo menos, tenía tanto de osado como de insolente.

Esa escena increíble, esperpéntica, tiene un colofón más esperpéntico aún: no le echaron a puntapiés ni le pusieron grilletes, sino que los Reyes dijeron prácticamente amén.

Es aquí, justo en este punto donde está la clave del caso: ¿Qué grandioso cambalache se estaba jugando? ¿Qué era lo que se compraba y qué era lo que se vendía?

Pizarro y Cortés tuvieron que poner imperios muchas veces superiores en extensión a la Península Ibérica a los pies de los Reyes para conseguir marquesados chiquititos. Los “Adelantados” tenían que adelantar incluso su dinero y poner en riesgo su vida para ir a descubrir y poblar, sin que nunca hubiera por medio títulos nobiliarios en promesa.

¿A santo de qué Cristóbal Colom fue excepción a la regla?

¿A qué tantos honores y preeminencias nobiliarias propias de príncipes precisamente en un tiempo en que los Reyes dismantelaban los privilegios feudales para asumir los poderes legislativos, ejecutivos y judiciales del Reino, lo que no tardarían en conseguir bajo la fórmula “L'Etat se moi”, por la Gracia de Dios?

Las capitulaciones de Santa Fe, si algo tienen de tal nombre, es que en ellas los Reyes “capitulan”, se rinden, compran silencios, salvan escrúpulos de conciencia, honran la sangre Real Bastarda porque era sangre Real. Y es Isabel y es Castilla y es León, la patrocinadora. No es Fernando, ni Aragón ni el Principado catalán.

He ahí otra coincidencia: ¿Por qué se desvincula Aragón y a Fernando del pacto, y sí entra Castilla? ¿No se trata, acaso, de otro “detalle” del encubrimiento, de otro velo que vuelva más impenetrable el misterio?

Colom debía aparecer para siempre jamás como extranjero en Castilla, pero también debía aparecer para siempre jamás como no ciudadano del reino de Aragón.

La parte del pacto de Colom era radical: debía negar su sangre y su tierra. Y contribuir a que nunca jamás se conociera, mediante la creación de pistas falsas.

Los confabulados lo hicieron así, y hasta es posible que ni tan siquiera los hijos del Almirante llegaran a saber de cierto ni la sangre ni la tierra de su padre, que fue, bien lo sabe Dios y los historiadores, un fiel cumplidor del pacto de Estado, del pacto del silencio.

El mérito del Autor ha sido el de concertar los indicios para construir una hipótesis que satisface cualquier exigencia lógica. A través de ella se puede explicar todo. Incluso el afecto maternal de Doña Isabel, su condición de refugio moral del Almirante. Muerta la Reina, con ella moría la mujer que más le protegió. Fallecida Isabel, Colom fue casi un don nadie, un cortesano peregrino y achacoso, sin manto Real que cubriera sus espaldas curvadas por las singladuras que más han marcado la historia del planeta tierra desde la edad de piedra al día de hoy.

Gracias al rigor cauteloso de Gabriel Verd, hoy podemos apasionarnos ante un misterio del cual se están arrancando jirones que nos permiten ver toda una trama de la que, lentamente, pero con fuerza, va surgiendo a retazos una verdad cruda, medieval e hiriente por lo que tiene de provocación a la justicia y al derecho natural.

Algún día, sabremos quizá, toda la verdad sobre el Almirante. Hoy por hoy, gracias a Gabriel Verd, sabemos, yo creo firmemente que sabemos, cuál era su tierra y su sangre.

Me agrada pensar que las cenizas de Cristóbal Colom, el mallorquín de Felanitx, son tierra dominicana. Una tierra a la que yo llamé, hace más de diez años y me siento orgulloso por ello, Atrio de la hispanidad.

DAMIAN BARCELÓ
Escritor americanista
Miembro de la Real Academia
de Jurisprudencia y Legislación

Palma de Mallorca, julio de 1989